

... Al día siguiente, nos encontramos a tomar unas cervezas en el barcito del pueblo. El pueblo ya no era tan pequeño como en la época de nuestros padres, y tenía más de un barcito. Pero ese, frente a la plaza principal, seguía siendo, para todos, el barcito del pueblo. Conservaba las mesas de fórmica, talladas con nombres y amores olvidados, las botellas polvorientas detrás del mostrador y la barra de estaño de los viejos bares de pueblo.

El Flaco llevó el diario. Accidente en la ruta, decía. Una pareja muerta, decía. Por causas que se intentan establecer, el conductor perdió el control de su vehículo, decía. Iban a un velorio en la capital y se encontraron con el de ellos. Nada sobre lo cual el pueblo pudiera mantener un interés de más de diez líneas perdidas en el diario local: todos sabíamos que la ruta era peligrosa, más de noche... y la gente suele ser imprudente.

Escuchamos al Flaco leer las noticias y nos quedamos en silencio. El Flaco parecía orgulloso, los mellizos parecían indiferentes, y yo no quería parecer preocupado.

– La próxima manejo yo – dije.

– La próxima va a ser dentro de un tiempo – respondió el Flaco –. Muchos accidentes seguidos pueden resultar sospechosos...

de “Un poco de basura a un lado de la ruta”, fragmento